

**Dr. JULIO ENDARA**

Profesor Principal de Neuropsiquiatría de la Facultad de Medicina

378.4.61  
E-56

## A los nuevos graduados

### DISCURSO

Señores:

El H. Consejo Directivo ha querido que esta vez tome yo la palabra, en consideración a que, en la actualidad, soy el Profesor más antiguo de nuestra docta corporación. Debo desentrañar el sentido del encargo, y es así como pienso que al querer que os haga presentes los augurios más cordiales con ocasión de tan grato suceso, hable también la voz de la experiencia, como una lección más que tenga una cierta proyección en este momento crítico en que os toca iniciaros como profesionales libres, pero plenos de deberes y de derechos.

No voy, si tan significativo es el encargo y tan necesaria esta lección —que ya no tendrá un carácter técnico sino el de una iniciación entrañable—, a dirigiros unas cuantas expresiones formales y desprovistas de contenido. Queden esas formalidades para cuando hay que salir ileso de algún compromiso de los tantos a que la vida nos obliga.

Por mi carácter y por las disciplinas que cultivo, os miro con un profundo interés y con un gran cariño. Cariño, porque nada me ha estimulado ni satisfecho en mi vida como la tarea docente, ni nada me ha enseñado más y me ha obligado a estudiar mejor que el contacto con mis discípulos. Y casi todos vosotros lo habéis sido dilectos y valiosos. Interés, porque quisiera desentrañar la hondura de vuestras personalidades y captar si hay coincidencia entre lo que fué vuestro "yo ideal" al iniciaros en el estudio de la medicina y el "yo real", formado en parte por vosotros mis-

mos y en parte por la experiencia y el saber que habéis captado. Estáis satisfechos con lo que habéis logrado? O acaso en la intimidad de vuestra conciencia —a veces aprehensible y otras nó—, os sentís un tanto angustiados o algo defraudados? Esa inseguridad, si existe, se refiere a la desconfianza en vuestras propias posibilidades y aptitudes, o acaso tenéis el sentimiento de que a lo largo de los años la Universidad no os ha proporcionado todo lo que aspirábais? O tal vez esa angustia y desconcierto sólo traducen la indecisión del que va a dar, ya sin apoyo, los primeros pasos en un ambiente colmado de amenazas, o por lo menos de inquietudes, porque es verdadera lucha la que se inicia?

Seguramente que hay un poco o mucho de cada uno de esos matices de la experiencia interior. Y digo seguramente, porque cuando uno se dedica —con vocación o sin ella, es cuestión de grado— al estudio de una profesión, necesariamente ésta ofrece dos motivos de interés: primero, el de satisfacer una necesidad ideal, que es como encontrarse a sí mismo, para la realización de las actividades futuras; y segundo, el de asegurarse una actividad que ofrezca ciertas seguridades para la obtención de lo más elemental que necesitamos en el curso de la existencia. Doble aspiración, doble necesidad: una, íntima, ideal, para el logro de la cual necesitamos poseer una estructura adecuada de la personalidad, en lo que tiene de más noble y valioso; y otra, capacidad de adaptación a las variantes de la experiencia social. Para la una —que en cierto sentido se identifica con la vocación— se requiere calidad, disposición para funciones sociales, desprendimiento de sí mismo, aptitud de sacrificio, capacidad para mirar las cosas en cuanto tienen de más valioso, para así satisfacer los intereses espirituales tanto propios como ajenos. Para la otra, basta con una buena aptitud intelectual, manualidad segura y hábil, cálculo para sortear oportunamente los obstáculos y vencer en la lucha con el menor esfuerzo y, por qué no decirlo, capacidad para imponerse a los demás y habilidad para explotar las debilidades humanas.

El análisis más escueto y sumario de la dura realidad en que vivimos nos conduce a un callejón sin salida. Tenemos que defendernos nosotros mismos, y al decir nosotros, me refiero también a aquel círculo familiar y social que está íntimamente ligado a cada uno. La defensa también es doble: contra la desesperanza y el pesimismo, contra todo lo que puede amenazar la tensión

o la estabilidad de la persona íntima, por un lado; y contra la agresión externa, por otra, que ya sea voluntaria o automáticamente, trata de arrasarnos y sacrificarnos.

Para defenderse del primer peligro hay diversos resortes: la capacidad de analizar sin pasión lo que nos ocurre cada día, sea favorable o perjudicial, buscando sus causas; el cultivo de la personalidad apelando a todo lo que es capaz de educarla y mejorarla: el arte, la filosofía, la literatura, etc.; la firmeza de los sentimientos de sociabilidad e interés humano; el cultivo de aspiraciones que den agrados íntimos: serenidad, paz, o por lo menos comprensión.

Contra el segundo peligro: el saber auténtico, el estudio de las fuerzas que nos amenazan y el de los recursos permitidos en justas de nobleza para evitarlos o vencerlos; la agudización de nuestros sentidos, desatendiendo las explicaciones mágicas y primitivas: mala suerte, desgracia, indefensión etc.; conocimientos de los recursos con los que los demás luchan, etc., etc.

Ya veis cómo enunciados apenas los que son ideales de la profesión y los peligros que en el ejercicio de ella se presentan, la tarea del que se inicia no es fácil. Por el contrario, está sembrada de peligros.

Pero es necesario que estos términos generales se traduzcan en hechos palpables, para que podáis captarlos con más facilidad y ya refiriéndome concretamente a la profesión médica.

La medicina, señores, atraviesa por una etapa de verdadera revolución, casi diría de máxima crisis. El hecho mismo de que hayamos asistido a un sin fin de descubrimientos y con ellos a la liquidación de enfermedades que antes constituían enigmas diagnósticos y terapéuticos, ha dado lugar a la aparición de ciertos fenómenos inesperados. Los procedimientos de trabajo son tantos, que por fuerza uno tiene que dedicarse a una determinada especialidad. La figura del médico de familia ha desaparecido, y con él un depositario de secretos, de intimidades, de confianzas. Gran parte de los diagnósticos se formulan en el secreto de los laboratorios, y tales o cuales fórmulas sanguíneas o resultados radiográficos tratan de imponerse con una fuerza tiránica. Por lo demás, las posibilidades terapéuticas son numerosas y la propaganda farmacológica tan insistente, que parece sencillo ordenar un plan de tratamiento.

Hay muchas ventajas en todo esto, pero semejante estado de

cosas está provocando insuficiencias básicas. El estudiante que hace vida de hospital, que oye insistentemente los comentarios diagnósticos derivados de exámenes auxiliares, que practica la terapia standard, vá alejándose lenta pero seguramente de la intimidad de los pacientes. Quiéralo o nó, éstos van convirtiéndose en números, en cifras, en elementos estadísticos. Y en el mejor de los casos, en motivos de experiencia que sólo valen por la calidad con que van integrando los cuadros generales y de ninguna manera por su contenido personal.

Es decir que tales prácticas tienen dos consecuencias a nuestro parecer gravísimas: la carencia de un sentido o criterio clínico —aptitud de discrimen y aptitud de síntesis— que sin despreciar los recursos auxiliares, capte el significado de la ensambladura patológica total; y el olvido de que todo paciente, sin excepción, antes que enfermo es persona, es decir un ser con su prosapia encumbrada o modesta, un individuo que en el curso de su vida, más que enfermedades —casi siempre circunstanciales— ha tenido experiencias vitales —luchas, conflictos, ambiciones, amores, éxitos, fracasos etc.— Hasta qué punto su dolencia es explicable sólo por la presencia de un germen o por un desorden metabólico? Acaso no se sabe que tales o cuales condiciones afectivas y aún intelectuales favorecen ciertos ataques bacterianos o conocidos modificaciones humorales? Es verdad que ya se habla entre nosotros con alguna insistencia sobre la orientación psicosomática de la medicina y, por haberse referido a ella, se cree que se ha liquidado el conflicto posible de la personalidad de muchos pacientes. Celebro mucho la insistencia sobre tal orientación, pero hay que convenir en que ella no se introduce aún como práctica sistemática y menos aún como recurso obligado dentro de las distintas especialidades.

Entonces tenemos que reconocer que algunas de las fallas fundamentales de nuestros médicos son: la carencia de una cultura general que los haga más sensibles a los problemas y a las personas, el escaso dominio en materia de sentido clínico, que les proporcione una visión más estructurada y completa del caso que van a tratar, la apariencia de especialización, que en rigor sólo es un conocimiento parcializado de determinadas disciplinas en las que rara vez son investigadores.

La primera falla no sólo deriva de la falta de preparación humanística, sino que deja ver las serísimas deficiencias de nues-

tra educación secundaria, que sigue atiborrada de materias y que talvez por ello no proporciona la enseñanza viva de los problemas. De nada vale que en un intento formalista se haya hablado y aún tentado resucitar la llamada cultura humanística, creyendo que tal propósito estaba logrado al establecer unos modestísimos cursos de latín y griego. Cuando en rigor humanismo quiere decir conocimiento de los problemas principales que afectan al hombre, no sólo a través de los textos clásicos, sino mediante el comentario de libros de excepcional valor que toquen con aquellos, de las lecturas largamente comentadas, de la visión directa de la existencia mediante visitas a instituciones, viviendas, encuestas sociales de diversa clase, etc. La cultura que aún domina, excesivamente formalista y tontamente enemiga del libro de texto, ha hecho que el estudiante que ingresa a la Universidad siga la tarea obligada del apunte apresurado con el que se elabora una especie de texto plagado de errores. No hay la costumbre de consultar preferentemente las obras magistrales, de familiarizarse con la bibliografía; aún se ignora la manera de seleccionar las lecturas. Así el estudiante busca el camino más corto del apunte, porque dentro de un pensum sobrecargado, la consulta de obras originales les consumiría todo su tiempo disponible.

Y así el primer consejo a los nuevos médicos sería el de que incineren todas aquellas apuntes que si, en verdad, algún contenido valioso pudieran tener, los suministra un saber homeopático y a menudo equivocado, que más bien les será perjudicial. Ahora ya podrán disponer del tiempo necesario para estudiar las obras fundamentales correspondientes a sus tareas, sacando de ellas enseñanzas de verdadero provecho y sobre todo, ante el espectáculo de un camino frondoso de adquisiciones, experiencias e interrogantes, sabrán conservarse modestos, como corresponde a quien le gusta en verdad el estudio y se alejarán del dogmatismo que envenena, porque suele encubrir casi siempre al vacío y a la ignorancia.

Leerán también mucho, todo lo que les sea posible, obras de cultura general, que nada tengan que ver aparentemente con la medicina, porque esa será una gran posibilidad de acercarse a los problemas humanos. Filosofía, novela, sociología, música, política, ciencias en general, etc., todo es producto humano, y mientras no los conozcamos siquiera en parte, no sabremos interpretar los conflictos que ocultamente nos trae un paciente cualquiera.

Problemas y conflictos de artesanía, dificultades económico-sociales, complicaciones que se derivan de la práctica industrial y comercial, todo ello tiene mucho que hacer con la persona enferma, y si nó captamos su verdadera importancia, su legítimo cariz, adiós con las pretensiones de una orientación psico-somática, porque ella no es sino la ciencia de ahondar en los conflictos espirituales. Y como cada hombre tiene su quehacer, aparte de sus anhelos, esperanzas, amores y odios, nada puede ser extraño a la exploración del médico. Y si los deja a un lado, se habrá cegado él mismo centenares de posibilidades de conocimiento. Y como sobre ello nada pueden decir el laboratorio ni los exámenes auxiliares, el diagnóstico y el tratamiento correrán el peligro de fracasar.

La cultura humanística, pues, nó sólo es fruición, hobby, dilettantismo, o como quiera llamarse. Es eso y algo más: una amplia compuerta para el esclarecimiento de los conflictos de la personalidad humana que, si bien nó siempre son capaces de producir enfermedades, por lo menos las vigorizan, las cultivan y hasta les dan una cierta directiva que los psiquiatras llamamos "conversión".

Además, un amplio conocimiento de los problemas humanos le dá al médico la condición de civilizado, de hombre capaz de lucir en cualquier ambiente y de captar realidades que de otra manera pasarían incomprendidas. No es de sorprenderse, por ejemplo, cuando consideramos la posición y la ocupación de grandes figuras de la medicina contemporánea, dedicados simultáneamente a la tarea científica y a la literaria. Para nó citar sino a pocas: ahí está el gran maestro de la cirugía francesa, Henri Mondor, escribiendo obras fundamentales sobre Proust, Mallarmé y Valéry; Gregorio Marañón reconstruyendo la vida de Calígula y de Antonio Pérez; Georges Duhamel, novelista admirable, con el diario de Salavin; Kretschmer, comentando la intimidad de los genios de la literatura y de la filosofía.

Que el médico sepa leer, que sepa escribir, que sepa hablar y entonces no vacilará cuando esas adquisiciones tengan que utilizarse. De otro modo será inferior al humilde artesano que sabe todo lo de su oficio y que lo ama con pasión. Será apenas un aficionado incompleto e incomprensivo de esas disciplinas que exigen talento, cariño, saber y habilidad, presentación en sí mismo. Y nó logrará la confianza de sus clientes porque, aunque nó lo

parezca, cada uno de ellos, al socaire de su apariencia y de sus dolencias, también sabe captar —y en tales circunstancias mejor que en estado de salud— cuando el médico sabe, cuando es capaz de comprenderlo, cuando tiene aptitud de identificación y de afecto y cuando es merecedor de su confianza.

Malísimo y equivocado proceder es aquel del médico que se presenta dogmático, petulante, que trata de ironizar a propósito de los padecimientos. Y mala táctica la del que aparenta sabiduría, la del que se muestra despectivo, suficiente, orgulloso, actitudes todas que a la postre acaban con su pequeño e inicial prestigio.

Otra advertencia necesaria para los profesionales que se inician. Tal como están las cosas, ocurre que hay muchas instituciones oficiales y semificiales que prestan servicios obligados de asistencia. Cuando ellas incorporan a un médico joven con el carácter de funcionario, el gravísimo peligro que corre es el de convertirse muy pronto en un burócrata. Por el afán de atender al mayor número de pacientes y consolarlos con el específico de moda, va estereotipando sus procedimientos hasta el punto de convertirse en una máquina de prescribir, sin que preceda el exámen atento a la meditación necesario para llegar a un diagnóstico bien fundamentado. Se convierte en un plumario que olvida toda consideración humana para atender en serie, como si los enfermos que acuden a él no llevaran bien guardada la esperanza de que se los estudie con minucia, atención y afecto. Es cierto que los sistemas dañan a veces al hombre. Pero, por lo mismo, es indispensable, si es necesario, rebelarse contra tales sistemas que están atentando contra la libertad del médico y contra su conciencia, la que se encargará de advertirle que, actuando en esa forma tan mecanizada, ha abdicado de sus más elementales derechos y ha sacrificado sus más nobles aspiraciones. No es necesaria la revolución, porque una labor conjunta e inteligente puede lograr que las autoridades de quienes dependen comprendan que ese tipo de atención profesional ni cumple con una finalidad social ni proporciona experiencia y saber, ingredientes sin los cuales la personalidad y la capacidad del médico tienen que venir a menos.

Asimismo es importante, a mi juicio, llamar la atención sobre un fenómeno que lo vemos acentuarse a medida que transcurren los tiempos. Me refiero a la ingenua pose que adoptan algunos médicos jóvenes que retornan al país después de una ligera

práctica en el extranjero. Parece que en breve lapso hubieran absorbido todos los conocimientos universales, que estuvieran ya dominando una serie de ramas del saber y que para ellos, nada de lo propio, de lo autóctono, tuviera importancia. Está bien que el médico joven busque los ambientes foráneos para conseguir aquellos conocimientos y prácticas que no los puede proporcionar el país. Pero de eso —que es legítimo— a la presunción de sabiduría proclamada en avisos rimbombantes, hay mucha distancia. Aquellos no pueden ni deben olvidar que vuelven a trabajar en un medio que tiene su propia psicología, sus propios conflictos, sus costumbres, y que cuenta también con profesionales que se han dedicado fructuosamente a las tareas de la especialidad. Por eso, si la técnica se puede aprender, nó así el "savoir faire", que exige colaboración humana, comprensión inteligente, sacrificio y desinterés. El desplante puede tener sus éxitos circunstanciales, pero nunca será un pilar firme para quien quiere consolidar su prestigio. Nó todo lo racional es despreciable ni pequeño. También aquí tenemos elementos y experiencias de valor, que tal vez enseña mejor que lo extraño. Lo vernáculo tiene a veces calidades que no suelen encontrarse en otras latitudes y por eso, quien las desprecie, se privará de utilizar resortes y posibilidades de gran valor. Veamos pues en lo nacional, en lo que es nuestro, materia de interés, de pasión y de enseñanza.

La medicina, señores, es una actividad difícil al par que noble; quien la ejerce debe tener, por sobre todas las cosas, capacidad para comprender los problemas de los demás. Esa capacidad no es siempre algo congénito, y aún siéndolo, no se desenvuelve sino al amparo de la colaboración más estrecha entre sus cultores. Yo desconfío y he desconfiado siempre de ese tipo de médico asocial, retraído, que anda esquivando el contacto con sus colegas, que rehuye las juntas profesionales, que quiere mantenerse cada vez más distante. Ciertamente su actitud va acompañada de cierto amaneramiento de suficiencia, de destemplanza y hasta de agresividad. Pero nó se ve claro que el hombre que se confina en tales actitudes, en realidad está adoptando una conducta defensiva de su intimidad? Que, en rigor, está disfrazando su vacío, su ignorancia y su superficialidad? Entre los humanos nos entendemos hablando, discutiendo, y si se quiere, ofendiéndonos. Pero éstos son medios con los que al fin o al cabo se llega a algún equilibrio. La fricción, cuando no reviste caracteres patológicos, al fin



sirve para limar asperezas, para asegurar conocimientos y contactos, y desde luego, expresa la aptitud para entender y sumergirse dentro de los problemas de los demás. Quien no la prueba, demuestra ineptitud espiritual, indiferencia o acaso rencor; representa un factor negativo dentro de la sociabilidad. Y entre nosotros, aunque los casos de aislamiento sean raros, tenemos mucho de indiferentismo, de desconfianza, de anestesia diría, para lo que significa colaboración activa. Tenemos una federación médica anémica y tenemos sociedades médicas que apenas dan señales de vida.

Conviene reaccionar contra esos defectos. Los médicos jóvenes, que han gozado en las aulas del cotidiano contacto con sus compañeros, que están habituados a reunirse para sus estudios y prácticas, que han sabido hacer causa común en circunstancias corporativas, que han jugado, que se han divertido, no pueden, nó deben salir al campo de la lucha profesional adoptando actitudes de defensa y de insociabilidad, que equivalen a renegar del hábito amable e inolvidable cultivado durante muchos años. Que por sobre los obstáculos que se les presenten durante las tareas de la iniciación, tengan el convencimiento de que sin colaboración, sin el interés por el trabajo del otro, sin la modestia que obliga a la consulta con compañeros y profesores, no hay posibilidad de progreso ni de mejoramiento. Sin un sincero espíritu de colaboración no es posible hacer investigación científica ni aprovechar de la experiencia ajena. Sin el contacto con los demás nó es posible atender al paciente con ánimo cordial y comprensivo. El profesional se volverá, en tales casos, vacilante inseguro, temeroso de que los demás lo perjudiquen. Irá interiorizándose, huyendo progresivamente del contacto social; se sentirá muy pronto sólo, angustiado, rencoroso. No persistirá a su rededor la resonancia necesaria para sus iniciativas.

Pero si, pese a las dificultades circunstanciales, el médico joven se siente miembro de una legión que tiene sus derechos y aspiraciones, podrá, aparte de provechos personales, desenvolverse con seguridad en todas sus actividades. Y captará aquel temblor de confianza en cada paciente con quien entre en contacto. No hay que olvidar que por lo mismo que vivimos en un mundo y en una época en que parecen haberse exacerbado los componentes agresivos de las personas, el médico tiene que luchar vigorosamente contra ellos, haciendo de su profesión no sólo un arte, si-

no una tarea que persiga el mejoramiento de la condición humana a expensas de sus mejores atributos, y la atenuación, por lo menos, de aquellas tendencias e impulsos negativos. Tarea dura, si queréis. Pero hoy más que nunca, al lado de la medicina del cuerpo, se requiere de una medicina del espíritu que busque afanosamente el mejoramiento de las relaciones interpersonales y sociales.

Y al fin, algo que me parece sustancial: ojalá podáis cerrar vuestros oídos al canto grotesco de esas sirenas que son las camarillas políticas cuyo única finalidad consiste en reunir catecúmenos ingenuos que sirvan de pilares para el encumbramiento de los más habilidosos. La preocupación política es legítima, es indispensable para cuantos quieren el bien de la patria. Pero ésta es la política verdadera, la política alta que el médico debe de cultivar, como todo buen ciudadano. Pero no os dejéis sorprender por las ofertas engañosas de los que sólo son logreros disfrazados de políticos. Si caéis en sus redes os extorsionarán, tratarán de acabar con vuestra personalidad formada a costa de muchos esfuerzos. Llegaréis a ser sólo un número; conquistaréis acaso un empleo. Pero estaréis confesando la incapacidad de vuestras propias fuerzas, de vuestro saber, de vuestro espíritu. Defendeos de ese contagio, porque así vuestras conquistas, seguramente logradas a costa de esfuerzos y hasta lágrimas, al fin os darán seguridad, confianza y talvez paz, que son los sentimientos que aseguran el equilibrio interior al liquidar las raíces de la angustia.

Y como mi charla ya irá resultándoos fatigosa, no me queda sino desearos un éxito legítimo en vuestras tareas profesionales. Aunque ellas resulten difíciles y dolorosas, que vuestra personalidad se mantenga íntegra y en constante trance de perfección. Cultivad más que nunca vuestra vocación, sabed aquilatar la experiencia, sed insaciables en el saber, y especialmente no seáis sólo médicos o dentistas o parteros afanosos por asegurar lo necesario para vuestra subsistencia, sino espíritus comprensivos, capaces de captar y aliviar las crisis de la condición humana. Esa será vuestra obra de arte y ésa vuestra mayor dignidad.